

# CASA DE ALQUILER

MARIA SOLEDAD BIRRELL RODRIGUEZ

Image not found.

# Capítulo 1

## CASA DE ALQUILER

La casa observa a la familia mientras detienen su vehículo cargado hasta el tope frente al número 20 de la calle Las Taquitas. Los primeros en bajar son los hijos adolescentes, cansados de mantener las rodillas flectadas durante el largo viaje bajo el yugo del calor de febrero. Huyen de la escena antes de que el padre les asigne bultos para descargar. Ella, la casa, los mira con detención, buscando alguna clave, alguna señal. Entran arrastrando los pies y enseguida encuentran una habitación donde dejarse caer sobre una cama. Pronto estarán completamente dormidos, ajenos a cualquier reprimenda, grito o susurro.

Tras ellos emergen (desde algún rincón inimaginable del vehículo) un par de mellizos de unos ocho años a los que la casa no les presta atención. Por último, hace su aparición el señor Pritt, un hombre de contextura gruesa, aspecto bonachón y rostro cansado. Junto a él viene ella, la señora Pritt. Su nombre de pila es Rita, según descubre en las múltiples preguntas que le dirige el marido para determinar el destino de cada uno de los bolsos y maletines que se arruman en la puerta de entrada y parte del hall de acceso. ¿Era necesario traer tantas cosas? se queja el señor Pritt dirigiendo una mirada acusatoria a su mujer. ¿No podías hacer un par de maletas grandes en vez de tantos bultos pequeños?, añade cada vez más molesto. Se ve que la señora Pritt ha vivido la misma escena antes, posiblemente cada vez que han salido de vacaciones. Se ve que conoce todas las posibles versiones de esta situación.

La casa también.

Con la fuerza de una proyección cinematográfica van pasando una a una por la memoria de la señora Pritt. La discusión violenta, que desataría la rabia contenida por todo un año y que estropearía los cinco primeros días de la quincena. La actitud sumisa de ella seguida de la promesa de intentar no cometer el mismo error el próximo año, lo que dejaría la balanza a favor del marido. Y finalmente la de hacerse la que no escuchó, que es la que mejores resultados da y la que se ve tenía pensado elegir para estas vacaciones.

Aunque, a decir verdad, en esta ocasión efectivamente no lo escuchó. No lo toma en cuenta porque está completamente absorta en otro asunto que ha captado su atención al interior de la casa.

En la quincena anterior, la familia contaba con más de un candidato adecuado y ella, la casa, tuvo que optar por el primero que escuchó su llamado la noche de llegada. Casi nunca falla. Vienen cansados del viaje y la sensibilidad que se requiere para detectar la vibración suele ser la señal

inequívoca de la idoneidad del sujeto.

Lo lamentó más tarde (parece increíble que aún pueda equivocarse después de tantos años) porque tras una semana de insomnio, el sujeto elegido sucumbió al cansancio y ella quedó con la ansiedad dentro.

Pero esta vez no volverá a equivocarse.

La casa contiene el suspiro que por poco se le escapa. Es un milagro, casi no lo puede creer, pero en la familia Pritt no le hará falta elegir. Resultará innecesario pasar por el proceso de análisis de cada uno de los candidatos. Rita reúne todos los elementos que se requieren. La observa con detención cada vez que entra a distribuir algún bulto por sus habitaciones. Después de la segunda pasada ya lo tiene claro: la inteligencia oculta tras una vestimenta de esposa perfecta, una mirada profunda y transparente, todo envuelto en un matrimonio que sobrevive durante el año, bajo un equilibrio precario, pero que no consigue ocultar sus grietas en los períodos de descanso estival.

Sigue la mirada de la mujer y siente un respingo en el pliegue de una de sus paredes. La casa no tiene control sobre los aspectos logísticos que la involucran. No puede evitar que derramen líquido en sus alfombras. No puede rechazar las pisadas barroas o los pies descalzos cargados de arena. Tampoco puede ejercer ninguna influencia sobre la limpieza que debería realizarse el último día del período de alquiler. Se supone que este detalle se deja al criterio de cada arrendatario, pero de vez en cuando se topa con gente poco sensible que no realiza el ritual del último aseo con la debida minuciosidad.

Está cansada. No alcanzó a recuperarse con las pocas horas de sueño que robó durante las primeras noches. Quizá eso explique por qué no puso atención a la marcha de los inquilinos anteriores y recién ahora toma conciencia de la suciedad. Lo que es peor, recién ahora vislumbra lo que puede ocurrir en los próximos minutos.

No vale la pena entrar en detalles cotidianos, como las quejas de Luis sobre la cantidad de bultos que trajo o la completa falta de ayuda de los niños en la descarga del auto, piensa. Rita, tumbada boca arriba en la cama matrimonial, trata de ignorar el picor que se inició en su cabeza y ahora le invade la totalidad de su cuerpo. En cuanto la apoyó sobre la almohada sintió el olor que emana como un vapor y que le recuerda que ésta no es su almohada. Se alegra de que Luis no lo haya mencionado, porque ésa fue una de las pocas cosas que le pidió especialmente. Trae nuestras almohadas, le dijo como mil veces, porque ya se sabe lo difícil que resulta acostumbrarse a una almohada ajena. Ella lo olvidó por completo, hasta este preciso momento donde se lamenta de su descuido.

Hace varias horas, cuando cruzó la puerta principal la recibió un olor nauseabundo, a basura guardada, a encierro, sigue recordando en un estado de semi ensoñación masoquista. Los baños conservaban los restos de la rutina higiénica de sus anteriores moradores y el asco se apoderó de su estómago.

Después de mucho tiempo invertido en limpiar cada rincón, después de quejarse ante el administrador por su falta de supervisión, después de usar todo el desinfectante que había traído para la quincena completa, después de todo esto, cuando su familia y los miembros del personal del condominio dieron el incidente por superado y con ello inauguraron oficialmente el período de vacaciones, ella se sintió invadida por la sensación de estar en el lugar equivocado.

La sensación aún está tumbada con ella en la cama. Algo en la casa le resulta inquietante. Algo en su interior la agrede. ¿Por qué no seré como los demás que están encantados con el lugar, encantados con las vacaciones? susurra en una voz inaudible para Luis, quien no bien puso la cabeza en la almohada cayó en un sueño profundo.

¿Serán vibraciones negativas abandonadas a su suerte?, piensa Rita ahora contagiada por la noche y los silencios desconocidos del lugar. Mira a su alrededor y no reconoce las sombras de la pared ni los crujidos lejanos. Se da una vuelta en la cama, dejando su espalda contra la de Luis. Cierra los ojos y comienza a imaginar que su cuerpo está cubierto de enanitos con martillos diminutos. Los mira pero éstos la ignoran mientras golpean cada centímetro de su cuerpo al ritmo de algún compás de su autoría. Se concentra en la punta de su pie derecho y con la imaginación toma a un enanito y lo introduce con cuidado en una gran tinaja que también construye en su mente. Luego regresa al pie y toma a otro y así sucesivamente hasta llegar al tobillo. Los enanitos no se reproducen, menos mal, y a medida que avanza con su limpieza por la pantorrilla hacia arriba, comienza a sentir una sensación de bienestar y descanso.

La casa observa a la mujer con sospecha. No duerme, de eso está segura, pero tampoco parece inquieta con la situación. Así tumbada de medio lado se diría que está ocupada en alguna tarea que la absorbe por completo y por eso no presta atención a sus vibraciones. Ella, la casa, no puede desperdiciar ni una noche. Debe hacer contacto hoy mismo con el umbral de sueño de Rita o no tendrá suficiente tiempo para completar el ciclo. Espera.

Rita continúa por el brazo derecho hacia el hombro en su lento recoger enanitos. Cuando parece que el sueño la va a vencer, justo en la milésima de segundo en que la mente viaja al otro reino, abre los ojos y se queda mirando a la pared.

Rita se siente completamente despierta, incluso a sabiendas de que nunca llegó a dormirse, pero no tiene otra forma de referirse a lo que acaba de sentir en la piel. Tiene la certeza de que alguien la espía. Nunca ha sido de las que cree en espíritus o fantasmas y no va a comenzar ahora, se dice como infundiéndose el valor que necesita para dar el siguiente paso. Se sienta en la cama y espera un momento, a ver si el otro o la otra dan la cara. Se pone de pie y comienza a caminar a tientas por la habitación. Se tropieza con algo que cree recordar es una silla de mimbre donde dejó doblada la ropa antes de acostarse. Continúa caminando hacia lo que le parece es la pared donde está la puerta de salida. En su recorrido por la superficie rugosa y húmeda encuentra al fin un picaporte frío. Lo abre, avanza y lanza un pequeño quejido al enterrarse un colgador de alambre en el hombro. Cierra la puerta del que ahora identifica como el clóset y continúa segura de que no puede ser más de un metro lo que la separa de la puerta. ¿Cómo puso tan poca atención a las características de su habitación? Tal desinterés resulta inusual en ella, pero no pudo controlar la sensación de asco y rechazo que le produjo la suciedad y el mal olor con que los recibió la casa. Decide que acudirá al corredor de propiedades a primera hora de la mañana para exigir que se la cambie, le dirá que no es de su agrado, le sacará a relucir la ley del consumidor, cualquier cosa, pero no quiere volver a pasar otra noche en esta casa que parece viva.

La casa la sigue con cada rincón, atenta, tratando de entender lo que mueve a esta mujer tan idónea en apariencia y sin embargo tan imprevisible. A decir verdad, temió que esto podía suceder. Lo presintió en cuanto vio la suciedad con que la abandonaron los inquilinos anteriores, justo antes de que llegaran los Pritt.

La primera impresión es fundamental en estos casos.

La casa no conoce cuál es el verdadero origen de su condición. Su primer recuerdo lo conserva claro (ninguna casa olvida su primera sensación de existencia). Aún ve con nitidez a una mujer de mediana edad vestida con blue jeans y camisa suelta, con una espátula en la mano izquierda y restos de tierra rojiza en la derecha, mirando con una sonrisa de paz hacia sus muros exteriores. La acompañan dos tipos desaseados con ropa de trabajo también sucia. Piensa que se trata del momento en que su dueña original colocó el último ladrillo, como un símbolo de su compromiso personal con el lugar. A partir de entonces se suceden momentos vividos junto a la mujer. Ella era amable y cariñosa y cada esquina quedó impregnada de sus buenas intenciones. Ella amó el mar y celebró desde la ventana de su habitación cada una de sus mareas. Cuidaba sus pisos y lavaba sus paredes con la delicadeza propia de un ritual de amor.

Aquella mujer la construyó a ella, la casa, para establecer su hogar, de eso está segura.

Aquellos tiempos nunca regresaron. Algo pasó. Quizá deba indagar en ese recuerdo para entender el origen de su mal. Tal vez la desaparición de la mujer no fue un hecho fortuito. Tal vez un descuido en el proceso de construcción dejó alguna grieta o una falla que ha ido cediendo con el tiempo. Ay, las preguntas otra vez. No es la primera vez que se cuestiona su situación sin llegar a nada. Ella es una simple casa y no sabe de estas cosas.

En el lugar de la mujer comenzó a venir un hombre joven que algo se la recordaba, en la mirada, quizá en los pliegues de la boca, pero pronto él también desapareció. Entonces descubrió su nuevo destino, una sucesión de habitantes cada vez diferentes, pero siempre ajenos a su atmósfera y cargados con sus propias oscuridades. Aunque entonces no lo supo, a partir de ese instante se convirtió en una casa de alquiler.

Pocas vacaciones más tarde comprendió que se le agotaba la vida que la sostenía. Descubrió que el cansancio la habitaba como parásito en su interior, tiempo que coincide con los ladrillos renegando de la solidaridad que los unía, como si de pronto hubieran dejado de reconocerse como iguales. Las paredes se humedecieron (¿era sudor o tal vez lágrimas?) con los esfuerzos que hacía para sobrevivir cada día de cada quincena de cada año. El hedor a moribunda se le pegó en la piel y ella lo expelía hacia ellos en ráfagas, con la esperanza de que no volvieran, los arrendatarios, pero todo era inútil. Ideó actos de violencia para alejarlos, como hacer explotar las bombillas de las lámparas en mil pedazos de cristales puntiagudos cuando alguien presionaba los interruptores. Sustos, asombro, pero pronto olvidaban todo y seguían con sus vacaciones.

Hasta una noche.

La familia que ocupaba la casa aquella quincena se retiró a dormir. Entonces, por puro aburrimiento, se puso a observarlos mientras realizaban el ritual de acostarse. Entre una ojeada y otra vislumbró un vaho que emanaba desde una de las cabezas. El momento coincidió con los ojos cerrándose y la llegada del sueño. Una idea iluminó su agotamiento. Tal vez lo que acababa de observar era una brecha, una luz sobre algo que debió permanecer oculto. Se puso a fantasear con la idea de inhalar ese vapor, justo en el instante. ¿Qué ocurriría en ella, una casa, si esas partículas rebeldes que se habían desviado del camino hacia el mundo de los sueños entraran a su estructura?

Esperó ansiosa a la noche siguiente. Se pegó como sombra detrás de la cabeza que estaba por apoyarse en la almohada y en el instante en el cual el vaho hizo su aparición fugitiva, lo recuerda con detalle, inhaló profundo y se apoderó del sueño que estaba a punto de comenzar. El muchacho sufrió una larga noche de insomnio mientras ella sintió un bienestar que había olvidado desde los tiempos en que era habitada por su dueña

original.

Desde entonces, repite el proceso cada noche de cada día de cada quincena.

Rita comienza a bajar los escalones alumbrada por la tenue luz de la luna, que se cuela entre los agujeros de las cortinas de mimbre tejido. Trata de entender qué le está sucediendo. Todo es perfecto, se dice. El lugar es perfecto, se repite. El tiempo es perfecto. La disposición de sus hijos es perfecta. Sin embargo, ella no puede ignorar el nudo en el estómago que no se desata a pesar de la limpieza y el aire fresco que inundó la casa durante toda la tarde.

Presiente que hay algo más, pero no se atreve a imaginarlo. Intuye que debería volver a la cama ahora mismo y olvidar el asunto antes de que lo que sea que habita el lugar se haga presente y el desenlace sea inevitable. Son desvaríos de una loca, dice en voz alta, como una advertencia, como la declaración abierta de que ya se dio cuenta de que alguien la observa y que no está dispuesta a sucumbir al juego sin dar la pelea.

La casa gruñe de pronto, rabiosa por los desafíos y la testarudez de la mujer. Si no consigue algo de sueño en las próximas horas, no responde por sus actos. Está desesperada y la desesperación es mala consejera en situaciones como ésta. Rita escucha el gruñido y se pregunta si será un gato salvaje que habita el ático y que se ha sentido invadido en su territorio. O quizá sea una especie gigante de roedor, agresivo y peligroso, que saltará sobre su rostro en cualquier momento.

De pronto piensa en sus hijos adolescentes (extraña analogía). Los quiere, claro, cómo no iba a quererlos si son su misma sangre. Pero así en la noche insomne, con un ser no identificado como único testigo, se atreve a reconocer que la mayoría del tiempo los detesta. No tolera su arrogancia para discutirle cada palabra, cada comentario, aludiendo a diferencias irreconciliables de momentos históricos, como si ella viviera en la era de los dinosaurios, como si ella no saliera a la calle y respirara el mismo aire, como si ella fuera una pobrecita a la que hay que decirle que sí para que se quede tranquila. Los detesta, sí.

Y los mellizos, con una vitalidad inagotable que la pilló pasada de años. Los adora, cómo no iba a adorarlos si son un par de niños preciosos, pero le encantaría que se quedaran quietos de vez en cuando y no estuvieran siempre inventando lugares donde ir y amigos a los que hay que visitar. Le encantaría que fuesen ellos sólo de vez en cuando y el resto del tiempo estuviera sola.

Y está Luis. Un buen hombre, trabajador, esforzado, pero tan aburrido.

No sabe qué está haciendo dejando salir estos pensamientos frente a un completo o completa extraña que la contempla con atención. Cree percibir que sea lo que sea no sólo escucha. Tiene la impresión de que recibe sus pensamientos como alimento, como bebida, no está segura.

Vuelve a pensar en Luis y en sus constantes llamados de atención sobre los más ínfimos detalles. Luis que es incapaz de reconocer esos mismos defectos en sí mismo, como una proyección de todo lo que no es. Luis, buen marido, pero completamente renunciabile, sí, completamente intercambiable por otras ocupaciones.

Rita camina hacia atrás hasta que se topa con la pared curva y fría, que por su parte siente por primera vez el aroma de la piel temblando de tedio. La casa conoce el olor del miedo humano. Lo ha sentido en sus cuartos oscuros cuando las horas avanzan implacables y ellos, los seleccionados, (ignorando el despojo del cual han sido víctimas) ven aparecer los fantasmas de las sombras nocturnas.

Este olor es diferente.

Este nuevo perfume sabe agridulce.

La superficie descascarada inhala el aroma de cada gota invisible de sudor y sin previo aviso, sin haberlo jamás pensado ni en sus peores pesadillas, se deja llevar por el impulso que se apodera de toda ella, la casa, y de un zarpazo la absorbe, a la mujer de nombre Rita, que a su vez sin haberlo pensado jamás, pero completamente cierta de emprender el viaje, se deja desaparecer por la casa hambrienta.

A la mañana siguiente, la casa aún está en proceso de digestión. Es algo nuevo. Fue una sorpresa. Nunca imaginó el desenlace que tendría el encuentro de la noche anterior. Rita se dejó caer en sus fauces vírgenes. Ella nunca había devorado a nadie y no está segura de haberlo disfrutado. No está segura de haber elegido el momento y a decir verdad ni siquiera está segura de haber tenido injerencia alguna en los acontecimientos. Lo peor de todo es que no sirvió de nada. Ahora siente un peso que no sabe a qué atribuir, un cansancio diferente, una extraña sensación poblada de voces, poblada de recriminaciones. Diría que se siente completamente sola.

Luis Pritt despierta temprano, y se sorprende por la ausencia de su mujer. Toca su lado de la cama y percibe que está frío, casi sin arrugas, como si nadie hubiese dormido sobre las sábanas. Se levanta algo mareado aún por la transición desde el sueño a la vigilia, pero con una inquietud pegada a la base de la nuca. Baja las escaleras al compás del silencio. Se dirige a la cocina y luego a cada una de las habitaciones de sus hijos. Rita no está

por ninguna parte. Tonterías, se dice, debe haber salido a comprar pan fresco para el desayuno. Mira por la ventana y el automóvil permanece en el mismo lugar donde lo aparcó la tarde anterior. Se sienta en el sofá mullido de la sala a esperar. Pasa un tiempo y aparecen los mellizos preguntando por su madre. El padre les sirve un vaso de leche fría, para que no pregunten. Muchas horas después aparecen los hijos mayores y encuentran al padre y a los mellizos sentados en el sofá mullido, en silencio. No alcanzan a estrenar el aire festivo que los inundó en su primera salida la noche anterior. También se sientan mientras el padre les comunica sin inflexión de voz, en un tono plano y desconcertado, que la madre se ha ido.